

JUBILEO DE LA CIENCIA Y LA MEDICINA

Catedral de La Habana, 3 de diciembre del 2000

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy da inicio el ciclo anual de celebraciones de la Iglesia Católica que llamamos Año Litúrgico. Este tiempo que abarca desde este domingo primero de Adviento hasta la fiesta de Cristo Rey del año 2001, al final del mes de noviembre, no coincide con el año civil. Durante el Adviento, la Iglesia repasa la historia de la humanidad que espera la salvación de Dios, que aguarda la llegada, viniendo de lo alto, de un signo, de un enviado, de alguien que pueda liberar al hombre de sus angustias y temores. Durante cuatro domingos medita la Iglesia y reza, pidiendo que venga el Salvador, que venga a los corazones de los hombres y mujeres de hoy, porque el tiempo de la espera, de la angustia por la ausencia de amor y de bien, el tiempo del clamor de la humanidad porque el mundo se transforme con estructuras renovadas de justicia, fundadas en la verdad, que promuevan el amor y la paz, continúa durando aún. La humanidad toda, a través de los siglos, peregrina por la historia en un largo adviento. Durante estos cuatro domingos que nos separan de la fiesta de Navidad, la Iglesia revive ese andar, que es a menudo un peregrinar por el desierto, con sed de bondad y de ternura, con esperanza de encontrar una fuente de agua viva.

La Navidad llegará enseguida a recordarnos que ya Dios dio un signo inequívoco a los hombres de la tierra; que realmente vino un enviado, Jesucristo, el Hijo eterno del Padre, que entró en nuestra historia y dejó en ella la huella indeleble de un amor sin límites. Pasó el sembrador y sembró una semilla y en estos dos mil años, aunque esta haya caído en tierra árida o pedregosa, también germinó en tierra buena y ha dado frutos de santidad, de humanidad. Sin embargo, está muy lejos aún de haberse establecido en esta tierra el Reino de los Cielos, que pudiéramos describir como el Reino nuevo que Jesucristo trajo desde el cielo, reino de amor, de verdad, de justicia y de paz.

Por esto la humanidad sigue esperando hoy, que aquel que vino y dividió la historia, haciendo contar a los hombres de nuevo el tiempo a partir del momento de su nacimiento, sea escuchado, atendido en su reclamo de amarnos unos a otros, de ser servidores del hermano y no dominadores del prójimo, de tener hacia todos sentimientos de compasión y de misericordia, como Dios nuestro Padre los tiene con nosotros.

Y he aquí que, en la lectura del santo Evangelio de este domingo, da la impresión que Jesús responde a ese anhelo de la humanidad, a esas ansias de felicidad, anunciando una catástrofe: *«Habrá signos en el sol y la luna y las estrellas, y en la tierra consternación de las gentes... los hombres quedarán sin aliento por el miedo, ante lo que se le viene encima al mundo, pues las potencias del cielo temblarán»*. Son las palabras del enviado de Dios, del que vino para que tuviéramos vida y la tuviéramos en abundancia, que parecen ahora anunciar muerte y destrucción. Y si miramos, queridos hermanos y hermanas, la historia del mundo en los dos mil años que han seguido al paso de Jesús de Nazaret en medio de nosotros, ¿no es verdad que siempre ha habido en cada siglo, en cada período de la historia la angustia por una posible guerra, por el hambre que ha devastado inmensas regiones, por la crueldad de los tiranos, por la ambición de los poderosos, por la dureza de los corazones?

A los temores ancestrales de la humanidad le suceden sin tregua los temores modernos, los de este siglo que termina. ¿No vivimos durante el período de la guerra fría en un continuo temor a una hecatombe nuclear? ¿no llegamos a reproducir en imágenes de cine lo que podría ser el mundo el día después de esa terrible desgracia?. Sentíamos entonces que las palabras apocalípticas de Jesús parecían leves ante la realidad monstruosa que habíamos creado los hombres.

No anuncia Jesús en el Evangelio proclamado hoy lo que le espera al hombre como castigo de Dios, sino lo que el hombre puede hacer con la creación, con la obra de Dios, si no se sitúa atento y despierto en medio del mundo como el que ama, como el que sirve, como el que busca sin cesar

ajustar su vida al plan de Dios, que incluye no solo cuidar la naturaleza para que las cosas sean bellas y el aire sea respirable, sino cuidar la interioridad del hombre, su dignidad de criatura de Dios, su condición de ser inteligente y digno, que lleva en sí la imagen del mismo Dios creador, que no debe profanar el plan sagrado del Creador introduciendo en él sus propios caprichos, sus ansias desenfrenadas de dominio, de placer o de autoexaltación.

Hoy se celebra en Cuba el Día de la Medicina y lo hacemos cada año al conmemorar a un médico y científico cubano de gran talla profesional y espiritual: el Dr. Carlos Finlay. Era uno de esos hombres que no perseguía el éxito, o mejor que no concebía ningún otro éxito que aquél de librar al ser humano de los males que lo aquejan. Fue investigador, no solo por inquietudes estrictamente científicas, sino, al modo propio de un humano completo, como hombre de conciencia. Finlay fue cristiano, católico ferviente. Su ascendencia irlandesa lo hizo ser ante todo un católico de tradición y, una vez hecha la opción que todo hombre debe hacer en su vida para orientarla hacia un fin con un proyecto definido, Finlay fue también un católico de convicción.

Es, pues, hoy un día muy apropiado para que celebremos en Cuba el jubileo de los científicos y de los trabajadores de la salud, porque ambas realidades, la ciencia y la medicina, se suman en la personalidad limpia de aquel cubano sobrio y perseverante entregado al servicio de sus hermanos.

Servir al hombre, este debe ser siempre el único proyecto humano válido para cualquier época, para cualquier hombre creyente o no. Cuando el médico lucha por liberar al hombre de la enfermedad, por mejorar la calidad de su vida, cuando el científico trabaja para que sea más digna y plena la vida humana, para enaltecerla, para acercar a hombres y pueblos, en fin, para lograr una humanidad realmente feliz, se convierten uno y otro por su mismo quehacer en colaboradores activos de Dios en su designio de amor al ser humano. Podemos decir que hombres así entran de lleno en el plan de Dios para con la Creación.

Pero todos nosotros estamos expuestos a errar, y a errar gravemente, cuando no aceptamos nuestra responsabilidad ante la naturaleza, la historia, el prójimo o nuestra propia persona. Entonces pueden venir sobre cada uno de nosotros para sectores más o menos grandes de la humanidad o aun para el conjunto de los hombres de una época o de todos los tiempos, dependiendo de la responsabilidad que nos toque ejercer en la vida, grandes calamidades, algunas ya presentes en la historia de la humanidad actual, otras anunciadas, como terribles profecías que, en su cumplimiento, dependen en gran parte de nuestros actos personales o colectivos del pasado y del presente.

¿Qué será del mundo, de la humanidad futura, si la manipulación genética impone la clonación como método para obtener tipos de seres humanos estandarizados? Hoy ya hay algún científico que declara que, en el próximo siglo, traer al mundo a un ser humano por métodos naturales será una inmensa irresponsabilidad. ¿Qué puede pasar con las «fábricas de órganos» para trasplantes, vendidos en un mercado neoliberal o distribuidos por estados todopoderosos? ¿Cómo es posible pensar el futuro con esfuerzos y costos millonarios para que el hombre llegue a habitar algún satélite o planeta cercano, cuando un continente como África está amenazado en su población de desaparecer por el hambre, por las epidemias, por la falta de acceso a los conocimientos que tienen otros seres humanos más privilegiados? ¿Qué psicoterapeutas o qué fármacos podrían curar a una humanidad dañada por la falta de amor, fruto de familias rotas, carentes de afecto o de sexo sin amor? ¿Qué resultado ha dado el control poblacional por métodos tan horribles como el aborto, cuando hoy las poblaciones de los países desarrollados envejecen y tienen que importarse los trabajadores pobres de países miserables, y pierden las naciones su identidad y pierden los emigrantes en busca de mejores condiciones de vida también su propia identidad y no está surgiendo un hombre universal y abierto a todas las culturas, sino un hombre sin identidad que desprecia la cultura del otro o se avergüenza de su propia cultura? Cuando, desde el mundo de hoy, miramos hacia el futuro podemos sentir temores de los mismos descubrimientos del hombre. Donde parecen estar las más maravillosas posibilidades de la humanidad se encuentran al mismo tiempo las aberraciones más profundas, que lindan a veces con la crueldad y que tienden a imponerse como normas, esbozando un futuro a la par luminoso y terriblemente sombrío.

Hoy como nunca le ha llegado la hora al hombre. El destino de la humanidad se decide en tu corazón, en tu mente, en tu conciencia, en tu capacidad de conocer la verdad y de proteger el amor y de realizar ambas cosas como aspiraciones supremas y urgentes.

Jesucristo, el Salvador, no sigue una lógica fatalmente catastrófica ante lo que se nos viene encima. Escuchemos sus palabras en el santo Evangelio: *«cuando empiece a suceder todo esto levántense, alcen la cabeza; se acerca vuestra liberación»*. Realmente hay un rechazo del fatalismo en Jesús, como lo tiene que haber en todo verdadero seguidor suyo, como lo hay en el Papa Juan Pablo II, batallador incansable por plantar en el mundo la imprescindible inquietud de forjar un orden moral asentado en valores, que ponga al hombre de pie y lo haga responsable de la historia, del futuro, del bien de la humanidad. No se depriman, pues, cuando empiece a suceder todo esto, nos dice Jesús, y se refiere a la hora presente, al momento actual, al mundo de hoy; levántense, alcen la cabeza; es la hora de la responsabilidad, es la hora de decisiones de conciencia. Es la hora de la búsqueda, de la verdad. Y no podemos aquí olvidar la palabra luminosa de Jesucristo: *«si ustedes conocen la verdad, la verdad los hará libres»*. Y me atrevo a añadir: libres para seguir el camino del bien que le dicta su conciencia. Por eso, también el Señor nos dice hoy en el Evangelio de San Lucas: *«tengan cuidado: no se les embote la mente con el vicio, la bebida y la preocupación del dinero, y se les eche encima de repente aquel día; porque caerá como un lazo sobre todos los habitantes de la tierra»*.

El anuncio que nos lee hoy el Señor Jesús no es, pues, equiparable a una simple profecía sobre el fin del mundo; sino un emplazamiento al hombre y la mujer de esta hora para que ocupen su lugar, para que cada uno halle la única verdad liberadora que lo haga capaz de hacer frente a la corriente deshumanizante que parece asfixiarnos. El Señor no nos llena de miedo, nos dice que esos miedos se vencen por nuestra actitud despierta, por nuestra postura de pie con la frente alta. Hay que poner de nuevo el destino de la humanidad donde debe estar: en las manos del hombre, en su mente, en su corazón y en su voluntad y no en el fondo de un tubo de ensayo. De ahí la llamada del Maestro: *«estén siempre despiertos, pidiendo fuerza para escapar de todo lo que está por venir»* y una insistencia reiterada de Jesús: *«manténganse en pie ante el Hijo del hombre»*.

Dios les pide especialmente a ustedes, queridos trabajadores de la ciencia y de la salud, en trato continuo con el ser hombre, que tocan lo hondo del ser humano cada vez que él siente que disminuyen sus fuerzas por la enfermedad o cuando se enfrenta al gran desafío de dejar esta vida que él conoce, que estén despiertos y atentos. Ustedes son los testigos no solo de los estudios biológicos sobre un ser humano para descubrir su enfermedad y tener un diagnóstico adecuado, sino comparten también la angustia del hombre y la mujer ante la vida, ante la muerte. ¿Dónde empieza y dónde termina el hombre corporal y el hombre espiritual? Cuando ustedes palpan un brazo, un vientre, tocan a una persona, a un ser humano. No es solo capacidad científica la que requiere el médico, el enfermero, la enfermera, es también capacidad afectiva, humana, para hacerlo todo con amor y por amor. Por esto les releo los consejos del apóstol San Pablo a los Tesalonicenses en la lectura apostólica de hoy: *«que el Señor los colme y los haga rebosar de amor mutuo y de amor a todos... y que así los fortalezca internamente»*. A veces, los que tratamos con las personas sentimos miedo a amar, porque nos parece que sufre el corazón de quien ama con cada uno que sufre y podemos hacernos calculadamente indiferentes. Somos así capaces de dar lo que tenemos: conocimientos, tiempo de trabajo, seriedad profesional, pero no llegamos a darnos a nosotros mismos. Y, sin embargo, es una falsa presunción considerar que el amor hierde o desgasta cuando, al contrario, aun el amor sufrido o sufriente compensa abundantemente. Lo diría con una frase inmejorable San Francisco de Asís: *«porque es dando como se recibe y olvidándonos como nos encontramos a nosotros mismos»*.

El Adviento que comienza hoy nos lleva hacia el cumplimiento de la promesa de Dios que nos hace Jeremías en la lectura profética: *«miren que llegan días en que cumpliré la promesa que hice a la casa de Israel y a la casa de Judá. En aquellos días y en aquella hora suscitaré a David un vástago legítimo que hará justicia y derecho en la tierra»*. Y nació Jesús de la casa y de la familia de David en

Belén de Judá y vino a traer esta justicia y este derecho. Desde que Dios se hizo hombre, la dignidad del hombre tiene rasgos divinos, las relaciones entre los hombres se transforman por el mandamiento nuevo de Jesús: *«ámense unos a otros como yo los he amado»*. Con Jesús nace también un mundo nuevo. Pero ese mundo renovado debemos construirlo nosotros responsablemente, como humanos conscientes, como hijos de Dios y hermanos de todos. Este domingo nos trae, a todos, de cara al nuevo siglo y milenio, un llamado a la conciencia para estar alertas, para vigilar, para no dejar que se emboten nuestros sentidos.

En la Santa Eucaristía, Cristo, el que vino a mostrarnos el camino verdadero de la vida, a quien veremos venir con gran poder y gloria al final de los tiempos, se hará presente en el pan y el vino de nuestra ofrenda y será él mismo el alimento, la fortaleza y el aliento que nos sostenga en el camino difícil, pero exaltante, de hacer que se cumpla, por la puesta en práctica del amor cristiano, lo que pedimos cada día en el Padrenuestro: *«que venga a nosotros tu reino»*.

Queridos trabajadores de la ciencia y de la salud: a ustedes corresponde forjar ese reino de amor, de justicia y de paz en esas fronteras de la humanidad que son el mundo del dolor y los campos del saber donde anidan las más secretas expectativas de los hombres y mujeres de hoy. El futuro viable del mundo depende de la postura ética que tome el ser humano ante la Creación y ante el mismo hombre. A mantenernos erguidos y atentos nos invita hoy el Evangelio de Jesús.

Los animo a empeñarse seriamente en esta enaltecadora tarea. No les faltará para esto la ayuda de Dios y tendrán la recompensa prometida a los misericordiosos y a los que trabajan por la paz.